



MERCADO CENTRAL DE ZARAGOZA

EL SOL SALE PARA TODOS

■ IGNACIO ARANDA

Jerónimo Flores era uno de esos jóvenes españoles que, sin darse ni cuenta, se había plantado en los treinta y cinco años sin haber hecho otra cosa en la vida que oponer a la Administración del Estado, habiendo conseguido en una ocasión un meritorio puesto número cinco mil, y esperar, siempre esperar, con paciencia y resignación franciscana.

Sus sueños se mecían al compás de un despacho bananero -en un Ministerio o similar-, en el que lo máximo que ocurriera cada año fuera la onomástica del jefe, o el cambio de las grapas en la grapadora. Aquella visión romántica estaba impregnada del olor a rancio y amarillento fichero y, sobre todo, del sonido de las antiguas máquinas de escribir; un sonido no demasiado brusco, hay que decir, sino más bien un "taca ta ca" lento y acompasado, como

susurrante, que no turbase ni por casualidad el estado mental alfa de sus compañeros y menos aún el suyo. Sin embargo, sus sueños eran tan improbables como irreales, y lo sabía, sabía que aquel "parque jurásico", tantas veces recreado en su imaginación, unas veces como acicate para el estudio, otras como puro ejercicio de placer, ya no existía; la informática había acabado con lo que el llamaba "el karma burocrático", como "la bacteria asesina" devorara los tejidos de un cuerpo sano, en cuestión de horas, sin piedad.

Así pues, tras varios años de fracasados intentos de asalto a la Administración Pública, Jerónimo recabó administrando toda suerte de frutas y verduras en el pequeño puesto que su padre, ya mayor, desatendía en el Mercado Central de Zaragoza. Y aquí es donde comienza la auténtica historia de Jeró-

nimo. Lo demás: el bachiller, la carrera, aquellos años de oposiciones y sinsabores, y más oposiciones y más sinsabores sólo son una anécdota vulgar que podría corresponder a la vida de cualquier otro. Porque lo suyo, su vida, su destino, lo que el mismo llamaba, cuando se ponía filósofo en algún bar de la calle Las Armas, "El esencial Jerónimo" era la frutería, y el Mercado Central, su "universo ontológico". Hay que decir aquí, y a la vista de tales reflexiones, que algunos compañeros consideraban a Jerónimo seriamente tocado en alguna zona del cerebro, donde confluyen los libros que Jerónimo nunca dejó de leer, y el consumo de alcohol que, con el paso de los años, nunca dejó de incrementar.

Precisamente hoy, como casi todos los días, tomaría algo, antes de abrir el puesto, en "Casa Joaquín" y así después, ligeramente anesiesiado, podría lidiar las primeras clientes de la tarde sin experimentar un choque demasiado brutal a esas horas del día, bajo el sol de agosto en la plaza de la Justicia. Joaquín le recibió entusiasmado, como siempre. Tras una brillante calva que ambientaba con su fulgor cerúleo las canículas tabernarias de aquel estío se ocultaba una no menos brillante, aunque si sorprendente, inteligencia: Joaquín, "el de la taberna", lo mismo te cantaba una jota que te recita en verso "el materialismo dialéctico", y todo ello, mientras te pone un vino, tira una caña o sirve unas raciones. La bodega, de pertinaz umbría y rancias protuberancias olorosas, era el singular marco de un cónclave de vecinos, aficionados a la filosofía, al vino y al Real Zaragoza. Ayer, sin ir más lejos, entre cerveza y cerveza, y algún que otro chascarrillo de la tierra, le habían dado un repaso, como el que no quiere la cosa, a "La crítica de la razón pura", y si Emmanuel Kant hubiera estado allí, mismamente con su levita estilo imperio, de seguro que invita a todos a una ronda, tras felicitar a Joaquín por sus caracoles con tomate y su conocimiento sobre "la trilogía crítica".

Pero hoy no había contertulios, tan sólo el trajín de Joaquín tras la barra, organizando un fregatín, y fuera de ella, ordenando, a un lado de la taberna, toda una pared llena de cajas de refrescos y algunos toneles amontonados en el rincón, bajo una televisión estilo imperio, testigo mudo -dado que probablemente no funcionaba- de tanto saber, y de tanto saber sin que se sepa que se sabe. Al otro lado de la única pared sin cajas de refrescos apiladas, un ventilador de potentes hélices le

envió una ráfaga de aire densa y caliente sólidamente impregnada del rumor de unos mejillones en escabeche que sesteaban en la barra a la espera de algún comensal. Recibió el mensaje. Precisamente Joaquín solía guardar los libros entre las latas de conserva, en concreto en la sección de los mejillones en escabeche. Allí estaba, era el "Sermón del ser y no ser", el magnífico poema filosófico de Agustín García Calvo que le había pedido hace unos días.

Aún no eran las cuatro de la tarde cuando Jerónimo, libro bajo el brazo y andar cansino, desembocaba en la Plaza de Lanuza, llamada así en homenaje al Justicia de Aragón Juan de Lanuza, ajusticiado -valga la redundancia- por el torvo Felipe II, dejando claro para la historia que por aquel entonces las autonomías no estaban de moda. Jerónimo pensaba a menudo en esta secuencia de la Historia y si cerraba los ojos y hacía desaparecer en su imaginación la impresionante nave, que ocupando la práctica totalidad de la plaza, conformaba lo que conocemos como el Mercado Central, podía reconstruir esta y otras ejecuciones y autos de fe que allí se celebraban, podía oír desgarradores lamentos, blasfemias indescriptibles y tensos silencios multitudinarios.

El claxon de un "Mercedes" que, de repente, se le venía encima al doblar la esquina, se le antojó fantasmagórico y, a la vez, muy real, porque sólo la muerte era real, pensó: el chirriar desesperado de un frenazo, la muerte, su inevitable efecto de presencia: al fondo, el Ebro guardaba silencio al pasar por el





Pilar y, más cerca, casi a las puertas del Mercado, definiendo lo que con buen criterio se llama Avenida de César Augusto, los restos de unas murallas romanas tocaban una sinfonía intemporal.

Subió las escaleras del Mercado y penetró en el recinto; siempre le había impresionado la luminosidad cenital, que, como en las catedrales góticas, flota en lo alto, dibujando ornamentos, celosías y estructuras de hierro forjado que, a su vez, enmarcaban bellos paneles esmaltados con motivos alegóricos; luz de cielo y hierro que luego caía, como derramada por el patrón de los comerciantes, tenuemente, sobre los puestos de comercio -tan tenuemente que había de ser ayudada por modernas luces de neón-, y componía aquellos hermosos bodegones hacia los que el comprador, hipnotizado por la belleza y disposición del género o por el más prosaico reclamo del precio, dirigía sus disputados pasos. Jerónimo dirigió precisamente los suyos hacia su puesto; por la mañana no había abierto porque había tenido que acudir a un funeral, ya se sabe, compromisos familiares; con el padre pasando unos días con la hija de Barcelona y la madre delicadita y en cama la mayor parte del tiempo, no le había quedado otro remedio que cerrar y asistir al entierro. Fue por eso, por lo que cuando, después de comer, vio el libro de García Calvo en la taberna de Joaquín pensó que había muchas cuerdas que tocar aquella tarde.

Y desde luego que las había. Lo que estaba viendo no eran visiones, no; aquel tipo calvo, con barba y la mirada tan ida que parecía un San Antonio, le estaba preguntando, al otro lado del mostrador, en el interior de su propio puesto que ¿qué deseaba?. El suplantador llevaba una camiseta hortera con unas uvas estampadas en el pecho y un anagrama en inglés "fruit of the loom", y había cambiado el rótulo: "JERONIMO F.: FRUTAS Y VERDURAS, elegante a la par que discreto, por otro más rimbombante: EL SOL SALE PARA TODOS, y alguien había añadido a bolígrafo: menos para Jerónimo.

Esto último, sin duda una broma de algún compañero, le pareció decididamente de muy mal gusto, y sobre todo implicaba a sus compañeros en aquella superchería y con aquel loco. Miró a su alrededor, como buscando una explicación; la escasa actividad que el mercado registraba a esas horas y en esas fechas permitía que muchos de los puestos permaneciesen cerrados, pero los que estaban abiertos no se estaban perdiendo un sólo detalle del asunto. Sin embargo, al cruzarse sus miradas con la suya las retiraban cobardemente o volvían a los misteriosos cuchicheos que no habían cesado desde que entrara en el recinto.

"¿Qué estaba pasando aquí?", se preguntó brazos en jarras, largo suspiro y ojos buscando una cámara oculta entre los "temascos de Aragón" de la carnicería de enfrente; aquellos ojos vidriosos bien podían

ser el objetivo camuflado de alguna pequeña cámara, perteneciente a cualquiera de esos programas de televisión, tan de moda, que acechan al inocente ciudadano para destruirle sin piedad.

Probó con el presunio loco, le habló despacio, pausadamente, razonándole como a un niño, algo así como "vamos a ver... me llamo fulanito de tal y esto es mío. ¡qué cojones hace usted aquí con e-sa-ca-ra-de-ji-li-po-llas!".

Le estaban terminando lo que parecía un excelente bordado en la ceja izquierda, en la sala de curas de la comisaría del barrio, cuando descartó definitivamente la posibilidad del reality show.

Tras haberle llamado de todo al suplantador y al borde mismo de la violencia total pensó que aparecería, salvíficamente, emergiendo entre los pepinos, la graciosa del "Tatocao" -conocido programa basura-, pero no fue así; cuando, saltando por encima del mostrador, destrozando unos magníficos melocotones de Movera -y demostrando así que no es un auténtico frutero-, se le vino encima el energúmeno, pensó que se trataba del presentador del "Inocente-Inocente", conocido por su compulencia y sus alardes deportivos, pero no fue así; ahora la policía tras apañarle una ceja y recomendarle un dentista le comunicó que mister San Dunga, que así se llama el ínclito frutero -un norteamericano de origen brasileño pero afincado y nacionalizado en España-, tiene los papeles de la frutería en regla, que la licencia es suya, que el puesto es suyo y que por esta vez no se tendrá en cuenta el altercado y que, en resumidas cuentas, a quien Dios se la de San Pedro se la bendiga.

Gentilmente, el funcionario de policía, tras abrirle la puerta y palmearle en el hombro indicándole la calle, le recordó que no se olvidara del libro: "Sermón del ser y no ser", leyó el policía al entregárselo, y, al instante, un baño de compasión en forma de sudor frío le recorrió el cuerpo. "¡Pobre! -pensó-, no le van a pasar cosas..."

Se encontraba en la calle con un libro bajo el brazo y un desconcierto total. De hecho estaba aturdido; su mente se había atascado en algún momento del día y caminaba mecánicamente, como un autómatas, hacia el Mercado Central, o quizás pasaría primero por la taberna, un trago de algo le haría bien, también necesitaba el consejo de Joaquín. Cuando entró, se desarrollaba en torno a la barra un ani-

mado cónclave de asiduos; uno decía que el Madrid había fichado como entrenador a Soren Kierkegaard, mientras otro insistía, machaconamente, que nadie canta mejor la jota que Spinoza.

Todo era extrañamente incoherente, pero para extraño el silencio que se hizo cuando advirtieron su presencia; dos de ellos se marcharon pretextando cosas urgentes que hacer, el de la jota se fue a los servicios y el otro recordó que debía leer urgentísimamente un artículo en el periódico.

Demasiado jaleo para tan poca cosa: que su padre -a la vejez viruelas-, sorbido el seso por una querindonga muy conocida por aquellos lares, pues fuera en mejores tiempos estrella del "Plata" -afamado calé cantante de la ciudad-, chocheando visiblemente y anulada su voluntad por la madura pero todavía exuberante folclórica, vendiera sigilosamente todo su patrimonio y se fuera "a comprar tabaco" al más puro viejo estilo, era la leche, pero que él fuera el último en el mundo en enterarse era para golpear la barra con la cabeza hasta que desapareciera una de las dos cosas y no quería abusar de la barra. Joaquín se lo despachó con unas cuantas frases hechas del tipo "al mal tiempo buena cara", se le veía incómodo y no quiso prolongar más aquella situación. Cuando salió de la taberna sintió que, en aquella





especie de descenso a los infiernos, había saltado un nuevo abismo: tampoco tenía amigos.

Visitó todos los bares de la zona, y a medida que iba perdiendo los papeles notaba que se encontraba mejor, aunque sus pasos, una y otra vez, le condujeran con cruel insistencia a las puertas del Mercado.

Así que, en una de esas, entró. Debía faltar poco para cerrar pues ya era tarde, pero un sólo instante de mercado le hizo revivir toda su joven vida entre aquellas paredes de piedra y hierro. La felicidad es como la salud, pensó, cuando la tienes no la percibes; pero ahora, como la recordaba, como sentía, a medida que avanzaba por el pasillo central, cada olor: los encurtidos, las chacinas, los menuceles, la fruta, el pescado, cada detalle, cada color; "la polifónica del buen manjar" tocaba para él los últimos acordes de una sinfonía trágica.

¿Pero, qué ocurría con sus compañeros, acaso no le veían?. Ahora ni siquiera corilleaban entre ellos: simplemente le ignoraban. Pensó que deambulaba por aquellos pasillos algo así como si fuera "el fantasma del Mercado Central". De hecho sentía, desde hacía rato, una sensación, si es que es posible explicarla, de incorporeidad, como si estuviera

diluyéndose, por momentos, en el ambiente. La verdad es que no había bebido para tanto. Probablemente esa actitud "indiferente" formaba parte de esas extrañas conspiraciones que, a veces, espontáneamente, surgen en la colectividad con el ánimo de suprimir a alguien: "esse est percepi".

Puesto que era el fantasma del Mercado, se le ocurrió que debía visitar el semisótano, que es un lugar muy apropiado para "almas en pena". El semisótano albergaba los almacenes, cámaras frigoríficas, oficinas, y los recintos donde los obradores hacen los más exquisitos productos para la charcutería del Mercado. En uno de ellos acababa de entrar, precisamente, Mister Sam Dunga. Fue entonces, cuando, a través de la puerta entreabierta y de una especie de niebla -que no dejaba de ser incongruente-, vio una hilera de cabezas de cordero y, al final de ellas, al lado de la máquina de triturar, tan silenciosa como había sido su vida, creyó ver, horrorizado, la cabeza seccionada de su padre. Al lado, M. Sam Dunga, afilaba un largo cuchillo de carnicero y avanzaba hacia él, que, aterrorizado, huía, ciego en la espesa niebla.

El desesperado claxon seguido del histérico frenazo no había impedido la colisión: el dueño de la más grande cadena de hipermercados del país no había podido evitar que "un imbécil, ojeando un libro mientras cruza la

calle, se le metiera de lleno en el morro de su imponente mercedes". Enseguida se había hecho un corrillo de vecinos y conocidos de Jerónimo que increpaban al automovilista y prestaban los primeros auxilios a la víctima inconsciente en el asfalto.

Jerónimo, tras un rato de fuerte conmoción en la que parecía delirar, abrió los ojos mareado: desde el suelo el morro de aquel coche le pareció el edificio de la ONU en contrapicado.

A un lado, el americano, Mister Sam Dunga, trataba de disculparse y ofrecer una generosa indemnización. Explicaba que llegaba tarde a una importante reunión en el ayuntamiento, en la que se discutirían los términos económicos del asentamiento del más grande hipermercado de la ciudad.

Llegaba, por fin, una ambulancia, pero ya no era necesaria, Jerónimo se incorporaba, ayudado por el americano, y con una presencia de ánimo más que notable, entre lacónico y bromista le dijo: "siempre supe que acabaríais con el pequeño comerciante...pero no imaginaba estos métodos"... Entre risas pensó que el rostro del americano le resultaba inquietantemente familiar. □

IGNACIO ARANDA. Periodista y Escritor.